

## La espuma de la cerveza, de Julio César Moreno

Julio César Moreno, *La espuma de la cerveza. Córdoba derrotada y recuperada*. Córdoba, El Emporio Ediciones, 2005, 268 págs.

“Tras varias décadas de ausencia, reaparecieron los carros tirados por caballos, y de pronto en las calles de la ciudad volvió a sentirse el otrora inconfundible olor a bosta. Pero antes eran los carros de los lecheros, vendedores de frutas o distribuidores de bebidas. Ahora son tripulados por nuevos sujetos sociales: los cartoneros”. Esta pintura de la ciudad de nuestros días, es –para Julio César Moreno– el revés de la Córdoba dorada, o mejor dicho, la consecuencia de su ocaso. Jugando con el nombre de la marca de cerveza que consumieron los cordobeses durante décadas, Moreno retrata e interpreta el eclipse de la Córdoba industrial, obrera y estudiantil, rebelde y libertaria. Aquella cuyos actores –especialmente obreros industriales y estudiantes universitarios– parecían elevarse por encima de las mediocridades del cortoplacismo y escribir con algarabía como en el mayo francés: “Cuando el dedo señala la luna, los estúpidos miran el dedo”.

Pero su eclipse no fue solitario. También fue acompañado por el ocaso de sus adversarios como el viejo clericalismo reaccionario, ya impotente para organizar –en sentido gramsciano– el consentimiento social, para ser fuente de creencias y comportamientos generalizados entre los cordobeses: “En temas como el divorcio, las relaciones

sexuales previas al matrimonio, el aborto, el uso de anticonceptivos o la educación sexual en escuelas y colegios, la mayoría de la población, especialmente los jóvenes, tienen opiniones contrarias a las de la Iglesia Católica”. Paradójicamente, en el caso cordobés, una sociedad más des-industrializada, pero también más secularizada que en el pasado.

La pérdida de señas de identidad, el desdibujamiento de los antiguos clivajes que habían articulado los conflictos políticos y sociales, fue un proceso tormentoso que Moreno reconstruye en tres momentos claves: el golpe de estado policial del 28 de febrero de 1974, el atentado contra el periódico *La Voz del Interior* en el verano de 1975 y el golpe militar de marzo de 1976. El primero inauguró el “bienio negro”, porque, en efecto, si un jefe de policía es capaz de derrocar a un gobernador electo por la voluntad popular, a partir de allí todo –o casi todo– estaría permitido. En más, la derecha peronista se dedicó a perseguir y arrinconar con el beneplácito de los militares locales –que habían constituido el ilegal “Comando Libertadores de América”– la irreverente Córdoba dorada. No era una tarea fácil. Una aguda observación de Moreno descubre lo que había sido, en parte, el secreto de su fortaleza: “Los estudiantes

universitarios y los trabajadores industriales de aquella época eran tipos humanos parecidos, por la edad, por una cierta relación con el saber y con la técnica, por un nivel cultural semejante. Las discusiones políticas en las asambleas universitarias y sindicales se planteaban casi en los mismos términos (...) Las diferencias de clase entre ambos tipos humanos estaban atenuadas, y la distancia entre los pequeños burgueses radicalizados y los trabajadores con una cierta relación con la técnica y la cultura se había reducido”.

En relación al período de la dictadura militar, el libro rescata un testimonio cuyo valor historiográfico es de primera magnitud: la entrevista realizada por el autor a Raúl Alfonsín en diciembre de 1977, publicada en esa oportunidad por *La Voz del Interior*. Este testimonio muestra un Alfonsín poco conocido, predispuesto a consensuar un gobierno cívico militar como etapa previa al pasaje a una democracia plena.

A partir de 1983, recuperados y redescubiertos los valores democráticos tras la larga noche del terrorismo de Estado –en el marco de una matriz societal distinta– Moreno analiza y discute el apogeo y crisis de la “Córdoba radical”. Sus raíces eran fuertes y una selecta galería de próceres parecían iluminar su camino: las figuras de Amadeo Sabattini, Santiago del Castillo y Arturo Illia proveían una dimensión simbólica que propiciaba el culto a la transparencia administrativa y la austeridad republicana. La política social de Angeloz entroncaba también

con ese fondo cultural. Y en ese universo, el papel del partido como actor central y de los comités radicales como “escuelas de ciudadanía” formaban parte de una memoria situada a contraviento de las nuevas prácticas políticas. Porque no sólo había cambiado la estructura social: también se habían modificado las formas de hacer política. El opaco financiamiento a partir de los bancos estatales reemplazó a la contribución de sus militantes y simpatizantes, y el poder ejecutivo reemplazó al partido a la hora de decidir las políticas a implementar. Como afirma Moreno, entre 1984-98, las principales reuniones y decisiones no tuvieron lugar en la Casa Radical sino en el quincho de la Casa de Gobierno. Producida la derrota electoral de ese año, ya no había partido. Convertido en un partido de funcionarios, la UCR había sido vaciada por sus propios dirigentes.

Ciertamente, como el propio Moreno insinúa en sus reflexiones, lo anterior formó parte de un cambio más global. Porque como dice en su sección “Partidos y multitud”, ¿qué son *Recrear*, *Compromiso para el Cambio* (Macri), *Fuerza Porteña* (Ibarra), etc., sino armazones electorales? Es decir, agencias de corto plazo con un mínimo nivel de institucionalización. La pregunta obligada entonces es: ¿se puede construir un sistema estable de partidos políticos con ese tipo de partidos?

La mirada que subyace tras cada uno de los textos que componen el libro tiene su centro en Córdoba pero dista de ser provinciana. Por el contrario,

responde a un código híbrido en el que dialogan las preocupaciones universales con los teóricos de la ciencia política y la sociología, la coyuntura con la historia, el relato periodístico escrito al calor de los acontecimientos con detalles antropológicos más propios de los relatos que pueden encontrarse en los libros de viajeros.

Cabe destacar, finalmente, la capacidad del autor para mirar más allá del horizonte: en septiembre de 2004, con más de un año de anticipación a los masivos e inquietantes disturbios

ocurridos en Francia, Moreno pronosticaba las dificultades que tendrían los franceses –al prohibir el uso en las escuelas del velo islámico o la Kippá judía en las escuelas– para “volver al laicismo puro y duro de hace más de un siglo”. Y lo contraponía al modelo británico, donde se reconocen las diferencias de razas, colores y culturas, pero se les recuerda que todos son “british”.

César Tcach